

ARTESANÍA COMO PATRIMONIO CULTURAL: DESARROLLO, FOMENTO Y PROTECCIÓN

Fidel Sepúlveda Llanos

Instituto de Estética

Facultad de Filosofía

Pontificia Universidad Católica de Chile

Este ensayo aborda la cultura tradicional como el laboratorio donde se gestan las imágenes y los símbolos más representativos de la identidad de un pueblo. Dentro de esta cultura, la artesanía es una expresión privilegiada de los modos de relación del hombre con el territorio que habita. Lo mineral, vegetal y animal revelan en las creaciones artesanales la diversidad de visiones de mundo de las comunidades del norte, centro y sur de Chile.

This essay approaches the traditional culture as the laboratory where the images and the most representative symbols of a nation's identity are developed. Within this culture, handicraft is a privileged expression of man's relationship types with the territory he dwells. Mineral, vegetable and animal kingdoms reveal in the artisanal creations the diversity of world visions of the communities from the North, Center and South of Chile.

La artesanía tiene su matriz en la cultura tradicional. Es una creación que encarna el sentido del hombre de esta cultura.

La cultura tradicional, es el subsuelo donde se gestan y decantan las imágenes y los símbolos con los que un pueblo dice su modo de ser en el mundo.

De este subsuelo brotan las manifestaciones que encarnan el sentir-comprender de una cultura. Estas expresiones, más que documentos, son monumentos en que una comunidad inscribe su proyecto de ser y aportan un corpus de creaciones fundamentales para el patrimonio cultural.

Este corpus es representativo de la comunidad por varios conceptos:

- a) Por ser esta cultura un nicho antropológico amplio y complejo que integra gran cantidad y variedad de factores creadores de cultura;
- b) Por gestarse en un largo proceso de sucesivas rectificaciones y ratificaciones que depuran su expresión, superando largamente la prueba del tiempo;
- c) Por ser una creación cultural dialógica, resultante del encuentro entre lo antiguo y lo reciente, lo autóctono y lo foráneo, lo particular y lo universal.

En suma, la cultura tradicional es el laboratorio donde fraguan las imágenes y los símbolos expresivos de nuestra idiosincrasia.

Las creaciones plásticas de esta cultura, esto es, las artesanías grafican magníficamente la relación del hombre con su entorno mineral, vegetal, animal.

Porque la cultura tradicional es el subsuelo donde el pueblo bebe experiencia y sabiduría para esto y lo otro, es por lo que forma parte esencial del patrimonio tangible e

intangibles. El subsuelo es la raíz originante de la verdadera originalidad. (Por él, lo más remoto se hace presente, patente).

En síntesis, la cultura tradicional es la entraña que entraña lo extraño, pero también crea los gestos por los cuales avanza a la conquista de su ser y su circunstancia la humanidad que somos.

Si el patrimonio cultural es el universo de monumentos que orientan acerca de la fronteras y direcciones cardinales de un pueblo, si es la muestra de lo mejor que ha creado, ciertamente la cultura tradicional debe tener ahí un sitio destacado.

Sus monumentos son el doble simbólico más certero para saber qué somos, de dónde venimos, a dónde vamos.

Todo este universo está en directa relación con “el horizonte del pasado del que vive toda vida humana y que está ahí bajo la forma de la tradición... donde lo viejo y lo nuevo crecen juntos hacia una validez llena de vida” (H.G. Gadamer).

En esta perspectiva se asume la tradición como fusión de los horizontes de lo viejo y lo nuevo, como metabolismo que discierne lo vital de cada día y lo hace viable para el futuro.

La cultura tradicional revela un paradigma alternativo, frente al modelo operante en el mercado.

En esta línea también la Unesco (*Decenio mundial para el desarrollo cultural 1988-1997*) entiende el desarrollo económico directamente vinculado al desarrollo cultural y éste a la identidad de los pueblos pasando por un proceso amplio de participación. Este modelo contempla un presente vitalizado por lo válido del pasado; pasado presente en el presente y clarificador de opciones de futuro.

Este paradigma considera una identidad vinculada a las matrices culturales, flanqueada por la creatividad y la crítica, lo que posibilita el conocimiento y desarrollo de la diversidad como alternativa válida frente a ciertas fuerzas homogeneizantes de la globalización.

La artesanía es un mapa cognitivo que ilustra la vinculación y diálogo del hombre con su entorno, con la tierra, el agua, el fuego, el aire, con los minerales, vegetales, animales, con las raíces y el subsuelo y con la creación vital de la superficie.

Hay una tarea fundamental en el presente: robustecer el sentimiento y la experiencia en que estamos insertos. A este efecto traigo a colación un pensamiento de Gabriela Mistral: “toda cultura empieza por la tierra; entre nosotros, la cultura ha querido empezar por el bachillerato” (A. Escudero, 1957, 19). La Reforma Educacional busca una escuela abierta al entorno natural y cultural que sustituya a una escuela de espaldas a la realidad.

En el comienzo de la cultura está el homo faber, el que hace la mano que hace el artefacto con que satisfacer sus necesidades materiales y espirituales, o sea, el arte y la artesanía. Nunca he estado muy seguro de esta distinción entre arte y artesanía como de la otra entre artes menores y mayores o bellas artes. La buena artesanía como el arte dice lo del hombre, encarna su honda experiencia de ser en el mundo, su sentimiento de estar en viaje al discernimiento de un destino y de un sentido. Las grandes cerámicas, las bellas cerámicas tienen encarnada en su materia las huellas digitales de la especie. En los bellos tejidos, como dice Neruda, en Alturas de Macchu Picchu, “la hebra dorada salió de la vicuña a vestir los amores, los túmulos, las madres, el rey, las oraciones, los guerreros”

La artesanía revela el espíritu, la gracia de las diversas materias y este espíritu y gracia viene a revelar al hombre su creatividad infinita: que ambos van en viaje al

encuentro de una experiencia de plenitud que se llama identidad. Por esto es tan importante que cada rincón, comuna, provincia, región, tenga una red neuronal constituida por las organizaciones de sus artesanos. La necesitan para mirarse en ella, para tomarse el pulso respecto a su real calidad de vida, calidad que no es separada de las materias, ritmos, formas, colores y texturas del entorno. La calidad de vida, en el fondo, es la salud de la persona y de la comunidad y ésta se mantiene estando en relación nutricia con la tierra, el agua, el fuego y el aire del entorno. Esto es lo que dice esta cuarteta popular, creada entre gente criada entre artesanías:

*Voy a Hacer una bebida
A ver si acaso me aliento
Con los cogollos del viento
Ganchos de agua florida.*

La salud es, ánimo, energía, aliento. La enfermedad es desaliento, desánimo. El aliento se recupera, dice la cuarteta popular, restableciendo los vínculos con los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego.

Al circuito de la salud del cuerpo y del alma, está vinculada la artesanía, esto es, el objeto hecho a la medida del habitante, "de sus dioses y sus mortales, del cielo y la tierra", como entiende el habitar Heidegger.

La artesanía puebla el espacio, los infinitos rincones de este país de rincones, hace presencia humana con los materiales del entorno. Las materias, convertidas en artesanías, dicen los sueños de los infinitos chiles que forman este largo país. Las artesanías hacen patria chica, sin la cual no hay patria grande. La artesanía encuentra al habitante con su "si mismo" profundo y misterioso y con el ser profundo de los otros, con el ser entrañable del "nosotros"; con este nosotros que viene navegando en los siglos, en los milenios y que la artesanía bien hecha nos hace presente a través de la belleza de sus formas, de sus diseños, de sus colores.

La buena artesanía siempre es personal y como tal ayuda al usuario a ser más persona, con sentido de pertenencia a un territorio, a una estirpe, a una historia y a una tradición. No es clonada, repetitiva, anodina.

Por esto cada pueblo debiera tener un lugar privilegiado donde estén presentes sus mejores artesanías. Estas son las más auténticas cartas de presentación de la comunidad en su pasado, en su presente y en su futuro. Este lugar, poblado por las artesanías, testimonio de la identidad, debiera estar integrado por lo revelado por el subsuelo, por los objetos del pasado y los del presente, todos ellos alumbrando el perfil y la entraña de lo que la gente siente, piensa, sueña. También es lugar de frontera, de encuentro entre lo viejo y lo nuevo, lo propio y lo foráneo, lo sagrado y lo profano. Lo utilitario y lo ritual.

En la artesanía, el pueblo le habla al pueblo, le atiende sus necesidades materiales y espirituales, elaborando sus materias de una forma que sea ajustada al modo de sentir-comprender de la comunidad. Toda cultura es un encuentro de la naturaleza del mundo y del hombre, de la materia con el espíritu. La artesanía cuando es auténtica es lugar antropológico de encuentro del hombre con los universos que lo constituyen. Por esto es que la artesanía, como quehacer de una comunidad, es un espacio democrático donde el pueblo se encuentra con aquello que lo puebla y que le posibilita poblar. Debiera haber un circuito, un pacto de solidaridad entre artesanía y democracia.

A este respecto señala Gabriela Mistral: "bueno será reemplazar algunas de tantas fiestas cívicas nuestras por 'festividades artesanas', la del hierro o la de los paños, la del

choapino o del sarape. Ir dignificando en cada ocasión, al artesano, hombre esencial de las democracias de cualquier tiempo" (R. E. Scarpa 1979, 16).

Esto porque para nuestra poetisa y Premio Nobel, la artesanía es un arte integral que plenifica a la comunidad con su presencia:

"El objeto labrado es esquema de los sentidos, del cuerpo y del alma del obrero. La manufactura superior denuncia la justeza del ojo, la barbarie o docilidad de la palma, la vieja intrepidez de los dedos; cuenta por la insistencia de tal o cual color, el temperamento de su amo; en la sequedad o la dicha del dibujo, dice sus humores. Hasta el copista se expresa copiando y hace confesión de si mismo" (G. Mistral, 1979, 14).

Por esto la artesanía es un agente insustituible de la cultura de la vida, que sirve a la comunidad para exorcizar a la cultura de la muerte que acecha desde diversos frentes. En la artesanía el trabajo se revela creador, transformador, transfigurador del mundo y del hombre.

Por esto es, también, una fuente de autonomía regional y personal, factor de desarrollo económico, social, cultural y artístico. Un plan efectivo de descentralización y regionalización debe considerar y potenciar las organizaciones de artesanos como núcleos irradiadores de creatividad, solidaridad y sentido de pertenencia. El centralismo debe devolverle su centro a las regiones, provincias y comunas, esto es, dar lugar para que se reencuentren la creatividad, la crítica, el sentimiento de parentalidad con el hombre y con las cosas de donde surgen las iniciativas de bien común.

Hoy, de cara a los desafíos que nos trae el futuro, es urgente que la recién creada institucionalidad cultural le reconozca un espacio en su organigrama a la artesanía organizada, apoyando sus iniciativas de rescate, valoración, renovación y desarrollo, al interior del país y de cara al extranjero.

Es evidente la necesidad de que el potencial económico y cultural de la artesanía sea reconocido y apoyado por el gobierno y por la empresa privada, para avanzar en una democracia donde la participación sea real y efectiva, participación en la creación de riqueza material y espiritual que refisonomicen nuestros campos, pueblos y ciudades con un rostro y un espíritu propios. La artesanía es fuente de riqueza humana a condición que la sociedad la valore, le de el apoyo que necesita para ocupar el lugar que le corresponde. Son varios cientos de miles de compatriotas los que viven de la artesanía pero en muchos casos la viven como una experiencia precaria, no reconocida ni valorada en lo que vale para la salud del alma y el cuerpo de Chile. No ocurre así en otros países donde la artesanía ocupa un lugar relevante en la cultura y la economía.

Nuestra artesanía debe organizarse comunal, provincial, regional y nacionalmente y desde aquí, con los apoyos fundamentales del Gobierno y los privados entrar a dialogar, a negociar a nivel de creación, comercialización, perfeccionamiento de niveles técnicos y estéticos que se requieren para estar bien aquí y salir con éxito al extranjero.

Hay que estimular una cultura de la valoración del arduo trabajo artesanal como ocurre en otros países, de modo de garantizar una vida digna al artesano. Educar para discernir el objeto que detenta calidad y excelencia y que esa calidad se pague y con gusto y cordialidad, como quien agradece un servicio, un don.

La artesanía nos entrega el rostro y el alma de Chile, de su identidad y de su diversidad. Sus creaciones patentizan lo que es el pueblo chileno en su sensibilidad dialogante con los elementos; en su imaginación donde se revelan los sueños del hombre y de las materias con que hace sus obras; en su cosmovisión articulada de imágenes y símbolos claves de nuestro modo de ser; en su voluntad de ser desde su entorno, con su tradición como encuentro vital de lo viejo y de lo nuevo.

Misión de la artesanía es encarnar la identidad chilena y su diversidad a nivel nacional, regional, local. Que la diversidad geográfica cante en la piedra, en la fibra, en la madera, en la greda. Que cante la tierra, el agua, el fuego y el aire del norte, del centro y del sur, de tierra firme y de sus islas, de cordillera, valle y mar. Que la artesanía recoja las imágenes y los símbolos por los que sienten nuestras diversas comunidades su experiencia de ser de este territorio, de esta historia, de esta estirpe en su vertiente indígena, europea, mestiza.

La artesanía forma parte fundamental del patrimonio tangible e intangible en donde el pasado está presente en el presente, en donde el futuro está presente en el presente, en donde el presente es presencia en lo material de lo inmaterial, en lo tangible de lo intangible, donde el pueblo chileno se patentiza como presencia, donde está presente la memoria y el proyecto de destino, donde las materias dicen la cosmovisión del hombre y la mujer del campo, del pueblo, de la ciudad. Dicen su relación consigo mismas, con su comunidad, con su entorno, con su experiencia de la vida y de la muerte, de la contingencia y de la trascendencia.

En la artesanía del Norte canta la fibra de sus auquénidos en sus texturas, colores y diseños ancestrales y contemporáneos. Canta la greda en regocijo de forma y decorado, con reminiscencia diaguita, en el Norte chico y canta la combarbalita en aventuradas formas ornamentales y funcionales.

Cantan los cantos de piedra de Toconao con ecos de sus ancestros indígenas y mestizos. Canta la manta doñiguana en los rodeos del centro. Canta la madera en los tallados de la imaginería religiosa de Santiago, Linares, Chiloé y en los objetos ornamentales y funcionales del habitante de los infinitos rincones de Chile donde luce su maestría el estribo, la carreta, el bote, la lancha, los utensilios de Liquiñe, del Maule o de Chiloé.

Luce la lana sus sentimientos de raza heroica en las mantas, alfombras, rebozos de la Araucanía, donde sus diseños musitan historias sagradas con colores y luces conseguidos a las raíces de su selva milenaria.

Revelan su historia oceánica los tallados y diseños restallantes de sentido de piedras, maderas y plumas de Rapa Nui.

Canta la greda roja de Pomaire, la negra de Quinchamalí, la policromada de Talagante, la cosmológica de la Araucanía.

Queremos que la artesanía nos abra los ojos para ver lo que hay que ver, nos abra los oídos para oír la voz de nuestro ser profundo, nos abra el olfato, para percibir los aromas y esencia de nuestra tierra, de nuestro cielo, de nuestra gente. Nos abra el paladar para degustar la vitalidad de los sabores de nuestra tierra y de nuestro mar. Queremos que nos abra el tacto para apreciar la finura del alma de nuestra gente en sus tallados, en sus tejidos, en las modulaciones de la madera, de la piedra, de las pieles, de la greda, de las fibras, de los metales, de los minerales, de los vegetales.

El pueblo de Chile necesita verse, oírse, olerosarse, gustarse, tocarse, encontrándose con su tierra, con su agua, con su aire, con su fuego; con su cuerpo, con su alma; con las materias y con el espíritu de sus infinitos rincones, de su geografía, de su historia, de su tradición.

Para eso está la artesanía. Para brindarle al país ese servicio esencial, ese artículo de primera necesidad que lo encuentre con lo que es en su raíz profunda, en su experiencia trascendente.

Hay que robustecer la identidad nacional y regional, la unidad y la diversidad. Para esto hay que ahondar en el conocimiento y en el entrafamiento de lo propio, lo heredado de

los ancestros, esto es, lo consensuado por muchas generaciones de muchas comunidades. Esto nos indica la permanencia de ciertos valores sentidos como constitutivos de nuestro modo de ser. Junto a esto hay que cultivar la apertura a lo nuevo, la audiencia creativa para examinar críticamente, visionariamente lo nuevo y lo foráneo, para auscultar su posible empatía y sintonía con lo nuestro esencial.

Esto es la verdadera tradición, "Encuentro de lo viejo y lo nuevo que engendra formas llenas de validez". Hay que aventurarse a lo nuevo pero esto requiere, para evitar el extravío en la enajenación, conocer y entrañar lo propio, valorarlo sin complejos de inferioridad. Esto mejora la autoestima, nos inyecta autocrítica y desde ésta nos abre a una creatividad más libre, más audaz, más auténtica. Una creación que proyecta sin prejuicios lo que somos, lo que sentimos, lo que pensamos, lo que soñamos, lo que queremos.

La artesanía auténtica es esto. Reflejo auténtico de lo que somos.
Con esto nos podemos parar frente al mundo de la globalización,
a sus productos y a su gente.

Frente a la invasión de artesanías foráneas debemos pararnos con un universo de artesanías nuestras que irradien fuerza y finura, que digan graciosa y enérgicamente cómo sentimos la vida, cómo sentimos a los nuestros, a nuestra tierra y a nuestro cielo. Esto nos permitirá recibir al turismo internacional con la hospitalidad y la dignidad de dueños de casa, porque eso somos. Y esto nos permitirá también ponerle el precio justo y digno a nuestros trabajos. Y nos permitirá además, exportar nuestras creaciones al extranjero. No artesanías copiadas, clonadas de las extranjeras, sino originales, que digan lo que somos. El turista culto sale a buscar diversidad no uniformidad, no copia, a veces mal hecha, de lo que tiene en su país.

Hay una riquísima memoria que renovar, que recrear cada día y hay un porvenir abierto, auspicioso como nunca ha tenido este país. El presente nos pide que seamos, nada más ni nada menos, que seamos con sentimiento de pertenencia, auténticos, críticos y creadores, organizados y audaces, con una alta autoestima, derivada de un profundo conocimiento de nuestra valía.

BIBLIOGRAFÍA

- Colombres, Adolfo. *Sobre la cultura y el arte popular*. Buenos Aires: Ediciones del Sol, 1987.
- Dannemann, Manuel. *Artesanía chilena*. Santiago: Gabriela Mistral, 1975.
- Escudero, Alfonso. *Recados contando a Chile*. Santiago: Del Pacífico, 1957.
- González, Carlos. "Del arte, la artesanía y la tradición" en *Cultura Tradicional y Patrimonio*. Santiago: Dibam, 1999.
- Hernández, Baltasar. *Las artes populares de Ñuble*. Santiago: Prensa Latinoamericana, 1970.
- Larraín, Horacio et al. *Chile. Artesanía Tradicional*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1993.
- Plath, Oreste. "Regionalización de las artes populares" en *Atenea* N°436: 1977.
- Scarpa, Roque Esteban. *Grandeza de los oficios*. Santiago: Andrés Bello, 1979.
- Sepúlveda, Fidel. "La cultura tradicional, identidad y globalización en *Colección Aisthesis* 19: 2002.